

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—A una margarita [poesía], por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—La Madre de los Pobres, por don E. Blancas.—Variedades: La Cueva de la Virgen y la funcion Régia, por don Antonio Flores.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurín de niños.*—*Grabado de Labores.*

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

III.



RECUERDAS, mi querida Julia, cuán felices éramos en los serenos dias de nuestra infancia, recorriendo del brazo la una de la otra las alamedas que cercan al humilde Manzanares? ¡Cuán triste nos parecia la noche que venia á separarnos! Con qué inesplicable júbilo saludábamos la aurora que debia reunirnos! ¿Por qué éramos tan felices, Julia? ¿Es porque llevábamos trajes de seda, y nos seguian una doncella y un lacayo? ¿Es porque nuestra casa estaba ricamente alhajada y teníamos muchos y bellísimos juguetes? ¿Es por último porque nuestro alimento se componia de manjares delicados? ¡Oh, no, no debia ser esto, porque cuando tú te enojabas conmigo no hallaba placer en nada; porque cuando cometia alguna falta y no estaba satisfecha de mi propia conducta, hasta mi lecho de plumas me parecia de espinas!

Pero cuando tú me sonreias, el campo se mostraba á mis ojos mas espléndido que nunca, y si mi aya me prodigaba alguna merecida alabanza, mi corazon rebosaba de tanto júbilo que no cabia en todo el universo.

Luego era feliz porque nos amábamos, porque yo

vivia en tí y tú vivias en mi alma, y además porque mi pura conciencia nada tenia que reprocharme. ¡Luego la felicidad no reside en los goces materiales, sino en los goces del alma, Julia!

Recuerdo haber leído en cierto autor, que los hombres son niños grandes, y su infancia un reflejo de la edad madura. En efecto, éste adolescente, cabalgando sobre su caballo de madera, revela al hombre activo y afanoso de grandes empresas; aquel construyendo toscos juguetes al industrial, y el de mas allá, bosquejando con su lapiz todos los objetos que se ofrecen á su vista, ó convirtiendo cuanto toca en instrumentos de música, al artista. Puede luego variar de objetos, pero no de instintos. ¿Por qué la mujer, que casi sin excepcion, cuando niña, ama con ciega idolatría á sus muñecas, cifra todo su orgullo en remedar perfectamente á una ama de casa, y en mantener el orden en el pequeño ajuar de sus protegidas; por qué luego desmintiéndose á sí misma, desdeña con frecuencia esos pacíficos quehaceres, renuncia á sus sencillos gustos, hace traicion á su propio instinto? Y no obstante, preguntad una por una á todas las jovencillas; preguntadlas cuáles son sus sueños mas bellos, sus mas risueñas aspiraciones: todas os responderán que cuando sean mujeres quisieran hallar un corazon amante en el cual depositar su ternura, tener una casa que dirigir y gobernar, y hermosos niños que reemplacen á sus muñecas. Esto piensa, esto desea, esto anhela la jovencilla; pero transcurre un año, hace su entrada en el mundo y se vuelve coqueta, egoista, casquivana, sacrificando el objeto de su cariño á un traje mas ó menos espléndido; posponiendo á su deber la mas pequeña satisfaccion de su amor propio.

¿Qué es, pues, lo que ha bastardeado su natu-

raleza, lo que ha falseado su instinto? La educacion, el ejemplo, la sociedad!...

Pero en el instante en que su alma pierde su immaculada pureza, desde el instante en que su pensamiento se deja arrastrar por ideas que no le son peculiares, da un eterno adios á la felicidad. Ni crisálida ni mariposa, perece entre las emanaciones de una atmósfera que no conviene á su desarrollo. Es como el pájaro que tiene las alas cortadas y rastrea sobre la tierra, suspirando sin cesar por su perdido cielo.

Hé aquí las reflexiones que me hacia yo á mí misma, Julia, paseando por el campo como me lo habia aconsejado la abuela. La tarde era hermosa, la brisa suave, y el hielo, convertido en gotas de agua, dejaba ver la menuda alfombra de musgo que empezaba á cubrir la tierra.

Me senté sobre una piedra, debajo de un árbol solitario, que destacaba sobre el cielo su ramaje seco y retorcido.

A mis piés, un enjambre de hormigas, se afanaba en transportar á sus madrigueras algunos granos de trigo, recogidos tal vez muy lejos, y era de ver cómo se ayudaban mutuamente, procurando alijerar cada una á su compañera la pesada carga.

Sobre mi cabeza, dos amantes pajarillos estaban construyendo su nido en el nudoso tronco del árbol, y divertian su trabajo con cánticos de amor y de entusiasmo. Un poco mas allá ví á una mariposa que daba vueltas en torno de una florecita azul, que parecia ir entreabriendo su cáliz para ofrecerla un amoroso asilo... Hasta las plateadas ondas de una fuentecilla, corrían en pos la una de la otra para confundirse mas lejos en una sola oleada....

—Tiene razon la abuela! murmuré tristemente, es amor lo que me falta! Pero á quién he de amar? Mi madre ha muerto, Julia está lejos!... mi marido me desdeña!....

Volví desalentada á casa.

Contra su costumbre, la abuela me esperaba en el dintel de la puerta, y parecia considerarme, mientras me acercaba á ella, con dolorosa expectativa...

Me cogió la mano, y sus ojos se fijaron con inquietud en los míos.

—Ay! exclamé en voz baja, estoy sola en el mundo... ¿á quién he de amar si nadie me ama?

La abuela me llevó consigo al huerto y me hizo sentar junto á sí, debajo de un castaño.

—¿Crées que el amor, me dijo, el amor que es el don mas precioso que Dios ha concedido al hombre, el sello de su divino origen, lo que le distingue de las criaturas inferiores, y le revela las delicias de otra vida, ¿crées que el amor se puede obtener sin combates, sin lágrimas, sin sufrimientos?

¿A quién has de amar? No te hablaré de mí!... Estoy segura que algun dia me amarás, porque yo te amo....

¿Pero y tu marido? No has jurado ante los altares dividir su cruz y apartar los abrojos de su camino.... ¿Es desdichado, y qué haces tú para consolarle? Nada! Y sin embargo, ¿no es una tarea bien hermosa, la de la mujer que se transforma en ángel para hacer que broten sonrisas de las lágrimas del triste? Y no es en ella un deber, cuando el triste es su marido: es decir, la carne de su carne, la vida de su vida?

—¿Viene él por ventura á buscar el consuelo entre mis brazos?

—Para esto es preciso que antes la mujer haya sabido captarse su confianza; que haya sabido elevarse un pedestal junto al hogar doméstico. ¿Cómo quieres que él, con el orgullo innato y hasta cierto punto justo de superioridad, vaya á pedir fortaleza al sér considerado como débil, frívolo, si ese sér con un tacto esquisito, no ha sabido revelar toda la grandeza de sus nobles facultades? Pero volvamos á los objetos á quienes tienes un deber de amar.

Esos dos pobres niños, que carecen de las sonrisas maternas, que es como si dijéramos, que carecen de la luz del sol; esos dos ángeles, á quienes su padre, preocupado con su infortunio, no concede ni siquiera una caricia, ¿qué será de ellos cuando yo fallezca, qué será de ellos si tú no los rodeas de afecto y de desvelos?

¿No te parece una mision bien sublime la de la mujer, que por un milagro del amor se convierte en madre, y se complace en formar las almas de sus hijos adoptivos para el bien y la virtud, logrando que sus ojos no busquen entre las nubes la imágen fugitiva de su perdida madre?

—Pero esos niños huyen de mí!...

—Tú quieres recoger sin sembrar, Enriqueta, y esto no es posible! Hasta Jesucristo vertió su preciosa sangre para recoger amor!.... Y D. Tomás? El pobre anciano poco necesita para ser feliz... Algunas atenciones!.. Por ejemplo, si en vez de estar en un rincon, triste y silenciosa, le leyeras un rato por las noches; si entráras en su aposento por las mañanas para alegrar los enojos de la vejez con tu juvenil sonrisa. Cuán poco te costaria todo esto, y cuán dichoso le harías! Y esos fieles servidores que han identificado su vida con la nuestra, que han participado de nuestras penas y alegrías... y los pobres!

Díme, Enriqueta, ¿no te pareceria una notable empresa, capaz de conjurar la tristeza y el hastío, el volver á tu marido su antiguo bienestar? No te parece que ese lauro sentaria muy bien á tu frente, y que te haria doblemente hermosa á los ojos de los hombres y á las miradas de Dios?

—Pero esto no es posible, respondí sonriendo, el trabajo de la mujer...

—El trabajo de sus manos apenas produce nada, pero sí el órden, la economía y el ejemplo... Esos son tres talismanes que pueden realizar grandes

milagros.... Cuando la madre de Eduardo se casó con mi hijo, éste poseía menos de lo que poseéis vosotros en el día. Yo la enseñé el secreto de encontrar la prosperidad, y también te lo enseñaré á tí, Enriqueta!

Mira: Eduardo, abatido con su desdicha, se ha vuelto cobarde y pusilánime; pero que vea que tiene á su lado una activa y laboriosa compañera; que vea que al cabo del año le quedan algunas economías, y se despertará en él su espíritu de especulación, y tendrá alientos para rehacer su fortuna.... ¡Oh, qué gloria para tí, el día en que merced á tus afanes, reine en tu casa un modesto bienestar! qué dulce satisfacción para tu alma, cuando veas fijas en tí las miradas llenas de amor, de consideración y de respeto de tu marido; cuando oigas resonar en tus oídos un concierto de bendiciones, formado por las tiernas voces de los niños, que habrán hallado en tí una madre, por las de tus criados, por las de los pobres que te deberán su sustento y su alegría, y por la voz de tu conciencia, que te dirá: *has hecho bien* al despertarte por la mañana; *has hecho bien* al adormecerte tranquilamente por la noche, después de haber cumplido tus deberes!

¿No te parece muy hermoso todo esto, hija querida? ¿no te parece una empresa muy noble, muy santa, muy digna de aquella cuya alma es hermana de los serafines? ¿Dónde quieres hallar un lauro más bello, una gloria más sublime?

—Pero yo nunca he pensado en nada de esto. ¿Cómo quereis que sepa conseguirlo?

—Me aceptas por preceptora?

—Madre, madre mía! exclamé arrojándome en sus brazos. Teníais razón en pensar que os amaría, porque os amo ya!...

La abuela depositó un beso en mi frente.

¡Mi madre nunca me había besado, Julia!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á UNA MARGARITA.

Flor que á los campos vienes
Pura y modesta,
Anunciando gozosa
La Primavera;
Flor inocente,
Que, á orillas del arroyo,
Blanda te meces;

No en soberbios jardines
Luces tus galas,
Ni adornas los cabellos
De altivas damas;
Pero los tristes
Buscan siempre los sitios
Donde tú vives.

La fresca y verde grama
Te brinda lecho,
Y el agua cristalina
Claros espejos.

Y cuando mueren,
De los niños adornas
Las puras sienes.

¡Estrella de los tristes!
¡Flor candorosa,
Sin esplendor, sin galas,
Y sin aroma!

¡Tú eres, flor casta,
De mi sér y mi vida
La imágen plácida!

Sí! en tí la imágen miro
De mi existencia,
Cuál tú, tranquila y triste,
Cual tú, modesta.

Que en el retiro
Sin ambición, sin sueños,
Ambas vivimos.

¡Cuánto agrada á mis ojos
Tu albo ropaje,
Cuando al morir el día
Vengo á buscarte!

Si torpe huella
Te maltrata y te rompe
¡Cuánta es mi pena!

Yo pienso, que las flores
Sois criaturas
Que abandonais la vida
Con honda angustia.
Y aunque os deseo,
Ni una vez arrancaros
Del tallo puedo.

Porque al ver ¡inocentes!
Vuestra agonía,
Al ver que vais quedando
Yertas, marchitas,
Siento que el llanto
A mis tristes pupilas
Se va agolpando.

A ser inanimadas,
La dura muerte
No sufrir os haría
Tan rudamente:

Y la belleza
Para vosotras, flores,
Sería eterna.

Tú, pobre margarita,
Vives mas tiempo
Que las soberbias rosas
Que bellas fueron:
Que eres modesta,
Y te viste el ropaje
De la inocencia.

Por pequeña y humilde
Nadie te mira,
Mas si te vé el que sufre
Siente alegría,
Que eres la imágen
Plácida y resignada
Del alma amante.

Si brotas á la orilla
De alguna tumba
Donde una madre vierte
Llanto de angustia,
En su delirio,
Piensa que eres la risa
Del muerto niño.

Si el aura, susurrando
Tu tallo mece,
Piensa que canta el niño
Mientras que duerme.

Y al fin esclama:
—¡ Feliz el hijo mio,
Que ríe y canta!—

Sí! tú eres el emblema
Del sentimiento:
Por eso, margarita,
Tanto te quiero.

Que aun era niña,
Y entre las flores todas
Te preferia.

¡ Estrella de los tristes!
¡ Flor candorosa,
Que por adornos tienes
Niveas tocas!

¡ Tú eres, flor casta,
De mi sér y mi vida
La imágen plácida!

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.



LA MADRE DE LOS POBRES.

Dicho sea para honra de su sexo y del mundo: la lista de las heroínas de la Caridad es tan numerosa que á primera vista sorprende el ánimo. Todas las clases de la sociedad están representadas en ella, desde la humilde hija del pueblo hasta la princesa de sangre real. ¿ Por qué nombres tan dignos del aprecio público permanecen sumidos en la oscuridad, y no hay quien ignore los de Marion Delorme y la Brinvilliers? Porque la mujer honrada vive en el aislamiento, entregada á la práctica de la misericordia, y muere á penas conocida de las mismas personas cuyos padecimientos ha dulcificado, cuyas lágrimas ha enjugado. Puede, como el divino Maestro, decir: « Mi reino no es de este mundo. » El mundo, en efecto, ingrato y olvidadizo, borra la memoria de estas mujeres elegidas; pero el historiador debe desenterrarla de la tumba de la indiferencia y referir su vida, para gloria del siglo que las ha producido y enseñanza de los que hayan de seguirle. Ya que los tiene el vicio y el poder, ¿ por qué no ha de tener la virtud y la humildad sus cortesanos y sus panegiristas?

El siglo XVII ofrece un abundante y precioso catálogo de nombres ilustres y de peregrinos ejemplos. Parece extraño, pero es indudable que en un siglo tan fecundo en escándalos, tan brillante, pero tan corrompido, se encuentren en la clase mas elevada de la sociedad francesa tantos y tan notables hechos de verdadera piedad y de humildad cristiana. El reinado de la gloria ha sido tambien el de la caridad. Al lado de las *bellas pecadoras* que rodeaban el trono de Luis XIV, numerosas mujeres bellas y nobles vivian en la austeridad, ofreciendo el ejemplo de las mas raras virtudes, y en medio de las espléndidas fiestas de Versalles, pensaban en los pobres, en los enfermos, en los hijos del pueblo.

De este número, la que primeramente llama la atención por sus heroicos esfuerzos, sus útiles fundaciones, y su vida, en una palabra, es la señora de Miramion, *madre de los pobres*, como la apellida Mdme. de Sevigné. María Bonneau, señora de Miramion, nació en París el 2 de Noviembre de 1629. Perdió á la edad de nueve años á su madre; pero su padre Santiago Bonneau, señor de Rubelle, dirigió su educacion con especial esmero. Perdióle á los 15 años, y se hizo cargo de su casa, y madre de sus cuatro hermanos, hasta que un año despues pidió y obtuvo su mano Juan Santiago de Beauharnais, señor de Miramion, Consejero del Parlamento de París, jóven de agradable presencia y de alma nutrida en rectos y sanos principios. Todo presagiaba á este enlace una ventura no interrumpida; pero una grave dolencia al

pecho puso término á la vida del afortunado esposo á los seis meses de serlo. Fué tan grande el dolor de María, que resolvió retirarse del mundo; pero tuvo una hija, y se consagró á su educacion.

Su edad, su hermosura y su patrimonio produjeron cierto movimiento en la córte: hiciéronla brillantes proposiciones de matrimonio, pero no aceptó ninguna. Entre los pretendientes á su mano figura el célebre conde de Bussy que, al verse desdeñado, concibió el proyecto de robarla. El 7 de Agosto de 1648, María, acompañada de su suegra, de un paje y dos damas, se dirigia al monte Valeriano, en cuyo convento se veneraba una imágen de su devocion, cuando cerca del puente de Saint-Cloud detuvieron y rodearon su carroza veinte hombres, y no obstante su resistencia, la separaron de su suegra y de sus criados, y la condujeron al castillo de Launay, donde la esperaba el conde de Bussy.

—Caballero, dijo la señora de Miramion al conde, al arrodillarse éste delante de ella para pedirle perdón, juro por Dios vivo y por mi alma que nunca seréis mi esposo.

Esta firmeza intimidó al raptor.

—Me habian dicho que érais un cordero, y sois un leon.

La devolvió la libertad y no volvió á verla hasta treinta y seis años despues, con motivo de un proceso que su influencia hizo que ganase.

Esta aventura, exagerada por la maledicencia, la impresionó tan fuertemente que cayó enferma, y á su restablecimiento la indujo á retirarse del mundo y á hacer voto de castidad, desoyendo las súplicas de su familia y amigos. Desde este momento su vida es una cadena de actos y ejercicios piadosos.

Su piedad no tiene límites. En tiempo de la Fronda vende sus alhajas y su vagilla para atender con su importe á la miseria que diezma al pueblo; en 1673 se traslada á Melum, infestado por la peste, funda un hospital y asiste por sí misma á los enfermos con el celo de un médico y el cariño de una madre, y en 1694, año del hambre en Francia, hace que se distribuya cada dos dias á la puerta de su casa seis mil raciones de potaje y de pan, y sostiene á sus expensas, por espacio de un año, setecientas recogidas en los establecimientos de beneficencia que, faltos de recursos, se disponian á despedirlas. Cuando los suyos se agotan recurre á su crédito, que era grande, y recoge cuantiosas limosnas. «El rey, dice Danjeau, la ayudaba hasta el punto de concederla siempre cuanto pedia.»

En 1678 fué nombrada directora de las hijas de la Providencia, establecimiento fundado por Mdme. de Pollalion, y cuyo objeto era educar á las jóvenes huérfanas y pobres. Negóse á aceptar este cargo, pero lo hizo al fin cediendo á las súplicas de Vicente de Paula, protector de la congregacion. Desplegó en su nue-

vo empleo una actividad pasmosa: las enfermedades no abatian su esfuerzo, y su austeridad rayaba en abandono de sí misma. Su traje consistia en un hábito de lana gris: desde la edad de veinte años á la de cincuenta durmió en el suelo sobre un pedazo de estera.

A principio del mes de Marzo de 1696, Isabel de Orleans, duquesa de Guisa, llamóla al lado de su lecho de muerte, y Mdme. de Miramion la acompañó hasta el último momento. La princesa de Orleans murió el 17 de Marzo, y ella el 24, en medio de sus compañeras y hermanas. Mdme. de Sevigné escribia á Mr. de Coulanges con motivo de su muerte. «La muerte de Mdme. de Miramion ha sido una pérdida pública.» El pueblo, ansioso de contemplar por última vez á aquella santa mujer, forzó las puertas del convento, en cuya iglesia estuvo depositada dos dias. La venerable superiora de las hijas de la Providencia fué sepultada en el cementerio de la iglesia de San Nicolás, que era su parroquia, y á la que habia hecho cuantiosas donaciones. Asistieron á su entierro ochenta jóvenes huérfanas que trabajaban en su casa, y trescientos jóvenes educados en los diferentes establecimientos debidos á su iniciativa, y un número inmenso de pobres.

De los establecimientos y casas piadosas creadas por ella, que no citamos en obsequio á la brevedad, ya para los enfermos y desvalidos, ya para proporcionar educacion á la juventud, le han sobrevivido, hasta la Revolucion, las señoras Miramionas, y hasta el presente las hijas de la Providencia.

E. BLANCAS.

VARIETADES.

LA CUEVA DE LA VÍRGEN Y LA FUNCION RÉGIA (1).

A la entrada del monasterio, y antes de llegar al átrio del templo, fueron recibidos los Reyes por el Episcopado catalan, los capellanes del santuario y los alumnos de la histórica escolania de Montserrat. Al pié de aquellas ruinas de la edad media, graciosamente decoradas con escudos, banderas y pendones de todos los distritos provinciales, adoran los Reyes el *Lignum-crucis*, en manos del arzobispo de Tarragona; y leyendo, al atravesar aquel claustro derruido, los nombres de todas las personas reales que desde el siglo XII han visitado el santuario, entraron en el templo.

[1] Véase el núm. 445.

La espaciosa y desembarazada nave principal tenía detalladas sus elegantes proporciones, y las de sus doce capillas, seis altas y seis bajas, por espesas líneas de fuego, que con las luces de las arañas y las que profusamente ardian en el altar mayor y en la gran verja que interrumpe la nave, ofrecian un golpe de vista deslumbrador y de una verdadera grandeza. Cuando arrodillada la Real familia delante de la imágen de la Virgen, y de rodillas allí tambien las Autoridades, los cortesanos, y los trescientos veinte y cinco alcaldes de la provincia, dijo el prelado *Te Deum laudamus*, y alabaron al Señor cincuenta voces escogidas, al compás de ochenta ó cien instrumentos, aquel canto parecia el canto de los ángeles, y aquella luz, la luz de la gloria. Mas que el recogimiento devoto que ordinariamente inspiran las ermitas y los santuarios de la montaña, lo que se veia en todos los semblantes era una alegría purísima, un contento inefable, que tenia algo de extraordinario y de sublime: algo que todos sentian pero que nadie podia esplicarse.

Cuando terminado el himno de gracias se cantó la *Salve*, todos los circunstantes movian los lábios, acompañando involuntaria, pero acordemente, aquella sublime plegaria que tantas veces habian elevado allí á la Reina de los cielos todos los Reyes de España y muchos Reyes y Príncipes extranjeros.

Nueve veces habia orado allí el César invicto que pasó á mejor vida en Yuste, con una vela en la mano de las que habian ardido ante la Virgen de Montserrat: allí habia llegado precipitadamente el vencedor de Lepanto á tapizar el trono de María con las banderas ganadas á los moros, y colgando en el altar la farola que Alí-Bajá tenia en su capitana. Y antes y despues de esas épocas gloriosas para la historia de España, Isabel la Católica, Jaime el Conquistador, Pedro el Grande, Felipe III, y otros monarcas de Aragon y de Castilla, habian llevado por sí propios ricas ofrendas á la Virgen de Montserrat.

Isabel II, siguiendo el piadoso ejemplo de sus predecesores, subió, despues de terminada la *Salve*, al camarín de la Virgen, y al adorar con respetuosa ceremonia la Sagrada Imágen, prendió en sus ricas vestiduras, regalo tambien de la Augusta Señora, una joya de gran precio.

Despues que los Reyes y los Príncipes hubieron visitado el camarín, se retiraron á descansar un breve rato á la celda abacial, dignamente alhajada por la Diputacion Provincial para que sirviera de régio alojamiento, y salieron del monasterio con direccion á la cueva de la Virgen.

Esta expedicion que no podia hacerse ni en ferrocarril, ni siquiera en carruaje, ni casi á caballo, fué la verdadera romería régia.

La distancia que separa el santuario de la cueva de la Virgen, es de dos kilómetros largos, y el camino, si

tal nombre puede darse á la estrecha senda que serpentea por la montaña, fué abierto á pico en peña viva, y á costa de grandes dispendios, en los últimos años del siglo XVII. Acaso por esta razon se le llamó entonces *camino de plata*, con cuyo nombre se le conoce hoy dia.

No quisieron los Reyes aceptar las lujosas literas que les ofreció la Diputacion Provincial, y á pié, seguidos de una corta comitiva, se dirigieron á la cueva en que fué hallada la milagrosa imágen.

Encantados y verdaderamente sorprendidos con la imponente grandeza de aquellos riscos, deteníanse frecuentemente para observar los profundos abismos que se abrian á sus piés, cada vez que trasponian aquellos montes que, vistos de lejos, no parecen otra cosa que delgadas agujas ó pequeños cantos rodados del Sinaí catalan.

Pero cuando quedaron realmente admirados y sorprendidos, fué al doblar el último promontorio de piedra, de los infinitos que habian traspuesto en el camino. Enfrente de la cueva, allí donde los pastores de Olesa habian quedado suspensos y atónitos oyendo las dulcísimas armonías y viendo los celestiales resplandores que, segun cuenta la tradicion, revelaron la aparicion de la Santa Imágen en el año del Señor, 880, allí se detuvieron los Reyes para escuchar el cántico mas armonioso, los ecos mas dulces, y las melodías mas bellas de que es posible tener idea.

De las entrañas de aquel monte, en el que todos los objetos hablan á la fantasía, y todos los rumores trastornan el sentido, salian una multitud de voces unísonas, cuyos plácidos ecos, repetidos acordemente en las peñas, parecian las vibraciones divinas de aquella hermosa naturaleza que se desplegaba á la vista de los Reyes.

Todas las personas de la régia comitiva guardaron un silencio profundo para no perder ni una sola nota de aquellas armonías dulcísimas que arrojaba la peña, y doblando impacientes el enorme estribo de piedra que les ocultaba aquel extraño suceso, vieron que lo que tanto les habia sorprendido y admirado, no era otra cosa que un numeroso coro de hombres, que, sin instrumento alguno que prestara armonía á sus voces, cantaban las *Flors de Maig*.

Anselmo Clavé, el músico de la naturaleza, el inspirado autor de los cantos mas populares de Cataluña, habia tenido la feliz ocurrencia de escalonar sus coros en el seno de un ángulo obtuso, produciendo con el acústico tornavoz de piedra un efecto bellísimo.

Los Reyes escucharon largo rato aquel cántico á la Virgen y *La queixa de amor*, ó queja amorosa, todo en el dialecto musical de aquel pais; y despues de dirigir las mas sinceras felicitaciones al autor, le pidieron que les entregase copias de sus composiciones, porque querian mandarlas grabar y publicar todas.

Hasta que llegaron á la cueva, y aun dentro de ella, siguieron escuchando aquellos armoniosos cantos, que resbalaban por la atmósfera como ecos y gemidos del monte. En la cueva examinaron la nueva capilla que acaba de construirse para reemplazar á la que en 1811 destruyeron los franceses, que no pudiendo vengarse en las personas de los imberbes aldeanos que dos años antes habian apagado el sol de Austerlitz y enterrado la gloria de las Pirámides entre las peñas del Bruch, saquearon el santuario y arrasaron las cuevas y las ermitas. Los ilustrados individuos de la Diputacion provincial que acompañaban á los Reyes, les recordaron en aquel lugar la historia del hallazgo de la Virgen, las vicisitudes que posteriormente y en distintas épocas ha corrido la imágen; y por último, el arquitecto director de las obras de restauracion del monasterio, les enseñó los planos y les dió cuantas noticias se sirvieron pedirle acerca de la decoracion proyectada.

La parte de esta, que ya se vé en algunos sitios del templo, habia llamado la atencion de los Reyes, y desearon saber porqué se habia adoptado el sistema policromo en la restauracion. El arquitecto satisfizo cumplidamente á los Reyes, manifestando, que además de que el sistema policromo ó pintura mural se emplea desde el tiempo de las catacumbas en muchos templos cristianos, lo heterogéneo de los materiales empleados en la fábrica de la iglesia de Montserrat, no permite dejarlos descubiertos, como sucede en las catedrales, donde la mejor decoracion de los sillares es el tinte que les dan los años.

Nosotros debemos decir que la restauracion se está haciendo con gran inteligencia y esmero; pero nos parece que tras de ser dispendiosa la detenida y prolija pintura con que se está decorando el interior del templo de Monserrat, empequeñecerá la nave de la iglesia y le dará un tinte profano, que no quisiéramos ver en los templos del Catolicismo. La pintura mural es una decoracion cristiana cuando lo que se pinta en los muros del templo cristiano no son obras de mero adorno, sino grandes cuadros de alegorías religiosas, ó mejor aun de historia sagrada.

Los Reyes probaron, antes de salir de la cueva, el agua de la cisterna de la Virgen, y cuando emprendieron el viaje de regreso al monasterio eran ya las ocho de la noche.

Mientras habian estado dentro de la cueva, se habia trasformado por completo el cuadro de la montaña. Los últimos reflejos del sol habian desaparecido y la luna andaba buscando la manera de entrar los rayos de su pálida luz por entre aquellas peñas que la noche iba envolviendo en su manto de sombras y de misterios. Los coros de Clavé volvieron á entonar la *Queixa de amor*, y esta vez aquellas voces nos parecieron mas dulces, y el eco de sus palabras iba á perderse á mas larga distancia.

La Reina aceptó una de las literas, y en brazos de los atléticos mozos de la Escuadra de Cataluña, emprendió la subida al monasterio. El Rey la precedía á pié, en amistoso grupo con las Autoridades y los diputados provinciales; y voluntarios catalanes alumbraban el camino con hachas de cera, marchando por aquellos cerros con el sencillo uniforme y el mismo alegre continente con que en las montañas de Africa habian espuesto su vida y derramado su sangre en defensa de la Reina y de la patria. Su general en jefe, el duque de Tetuan, iba tambien allí, y su general y paisano, el bravo marqués de los Castillejos, no se apartó un solo momento de aquella silla de manos que iba sirviendo de trono á la Reina de España.

Duró esta expedicion de regreso poco mas de una hora, y á cada paso, entre las sombras del monte, se oian vivas á la Reina que daban los voluntarios y repetian los grupos de gentes que se cobijaban en el hueco de las peñas. Y al resplandor fantástico de los hachones que alumbraban la régia comitiva, respondian en Monseny, en Tibidabo, en San Lorenzo y en todas las montañas de Cataluña, inmensas hogueras que la Diputacion provincial habia mandado encender para pregonar á larga distancia la régia visita. En muchos puntos de la inaccesible cordillera de los Pirineos, se veian iguales hogueras, que desde el camino de la cueva semejaban pequeños faros ó estrellas caidas del firmamento. Y cuando las infinitas revueltas del camino permitian volver la vista hácia la cueva de la Virgen, veíase en el lugar de la capilla una estrella de fuego de colosales dimensiones.

Los Reyes fueron recibidos en el santuario con extraordinario alborozo por el inmenso pueblo que no habia podido asistir á la visita de la cueva, y el *ball de bastons*, la *mojiganga*, y danzas y músicas y extremos de alegría, que tenian conmovido el ánimo del Monarca, se repitieron sin cesar hasta que entraron en el monasterio.

(Se continuará.)

ANTONIO FLORES.

LABORES.

La que hoy recibirán nuestras lectoras está destinada á demostrar el cariño de una hija, de una hermana ó de una esposa. Es un *gorro griego* de un dibujo sumamente caprichoso, hecho con aplicacion de dos telas y cordoncillo de oro. Nunca mas que ahora, que domina en estas prendas tanta variedad de gustos, tiene mérito presentar una que ostenta en su novedad la prenda mas recomendable.

Esta labor, como todas aquellas en que entran en combinacion los colores, depende su efecto del tacto y gusto de la señora que lo ejecute, pero no podemos menos de aconsejar, que deben economizarse las tintas encontradas, adoptando como mas distinguido dos tonos de un mismo color; por ejemplo: hecho este gorro en merino color de pensamiento, se deberá poner el arabesco de merino malva; y si de carmesí, con carmesí mas oscuro, ribeteando todo el dibujo con cordoncillo de oro. Los puntitos que muestra el grabado figuran otras tantas cuentas de azabache.

Las señoras que hayan hecho esta clase de labores de *aplicacion*, ya sabrán que ante todo necesitan poner en el bastidor un pedazo de lienzo, hilvanando encima el merino ó terciopelo que se haya de bordar, y trazando sobre él el dibujo con albayalde: despues se corta éste en la tela que haya de aplicarse, y se fija la primera pegándolo con goma fuertecita y bordando todos los contornos con cordoncillo: las cuentas de azabache que le adornan serán lo último que se coloque, y despues de armado debe llevar en el centro una rica borla de los colores del gorro y oro.

Ya hemos indicado un medio de bordar este gorro con dos telas de lana: fáltanos añadir, que seria aun mas lindo bordado en terciopelo negro con aplicacion de terciopelo azul, morado ó carmesí y cordoncillo de oro: tambien seria muy distinguido con aplicacion negra sobre fondo morado, y aun mas nuevo sobre tafílete ceniza con aplicacion de raso ó gró azul. Como no ignoran nuestras lectoras, estas labores en pieles gozan hoy gran favor entre las señoritas laboriosas, dando un resultado sumamente bello.

La cinta que figura estirada á mitad de la cenefa, es en efecto una cinta de raso del color del fondo, con un zig-zas de cordoncillo encima.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

MODAS.



Explicacion del FIGURIN DE NIÑOS.

FIG. 1.^a NIÑA DE CINCO AÑOS.—*Vestido de poplin*, azul, bordado con trencilla negra. La falda cruza de derecha á izquierda, redonda la punta de encima, y el cuerpo es escotado, liso, con berta que forma punta en el pecho, y la espalda bordada como la cenefa del vestido: una hombrerita forma la manga, y así esta como la berta y canto de la falda van guarnecidos

de un volantito de glasé azul. Cinturon del mismo color con lazo sin caidas, y camiseta con manga corta de nanzouk.

FIG. 2.^a NIÑO DE TRES AÑOS.—*Vestido de piqué inglés*, bordado con estambre negro á *punto inglés*. Este bordado, que forma greca en la falda, entredos en los bolsillos, mangas y escote, y patas en el pecho y la espalda, va colocado entre dos trencillas negras.

FIG. 3.^a NIÑO DE NUEVE AÑOS.—*Sombrero á la marinera*; *sobretudo* de cachemir claro con bordados de trencilla negra, y *botines* color de avellana.

FIG. 4.^a NIÑA DE CUATRO AÑOS.—*Falda* color de maiz con tiras grana, y *camisa* grana con vivo de terciopelo en el cuello y puños: un vivo igual adorna las tiras en el borde superior, y de terciopelo es tambien el cinturon. *Una redecilla* de seda y cuentas de acero adornan la cabeza.

FIG. 5.^a TRAJE PARA PRIMERA COMUNION. *Vestido* de muselina blanca con falda adornada de seis volantitos divididos en dos tandas, y cuerpo alto, rizado como una camiseta: cuatro volantitos figuran berta á la altura de los hombros, y desde ella al talle el cuerpo está cubierto de bullones. Manga ancha, cerrada en el puño, adornada de una hombrera formada por un bullon y tres volantitos.

Cinturon blanco con caidas, gorra blanca de tul con rizado á la cara y cubierta de cintitas cruzadas como las mallas de una red.

Velo largo, de tul.

FIG. 6.^a NIÑO DE SIETE AÑOS.—*Calzon* y *chaquetilla* de seda ó de poplin. El primero tiene cintura ancha y lisa, de pico por delante, y baja ancho hasta pasada la rodilla, donde se ciñe: la chaquetilla, corta y redonda por delante, va bordada alrededor, y lleva adornos de pasamanería en la hombrera y bocamanga, que se abre redondeándose en la parte inferior de la muñeca. El pantalon va bordado en los dos bolsillos.

Camiseta alta; media negra, zapato y sombrero con pompon, completan el traje.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



Inventeur: Exp. et Lucipolo, Milano
Al. Saul

668
Jules David

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92.

Modèles de Costumes d'Enfants de la M^{me} PAULINE ROYER, rue de Rivoli, 186.
Chapeaux de Desprey, Rue Amazones, Boulevard des Nations, 38

LA COMMISSION DE LA BIEN-ÊTRE